

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVI Noviembre-Diciembre de 1949 Núms. 293-294

Puntos de vista

Las veladas del Ateneo

LAS hondas disensiones provocadas en el seno de la sociabilidad chilena con motivo de la revolución del año de 1891, terminaron con las actividades literario-científicas del viejo Ateneo que funcionaba como una sección del célebre Club del Progreso. Ambas instituciones habían alcanzado gran auge después de la Guerra del Pacífico y eran la manifestación más señalada del espíritu de Chile, surgida tras de aquel conflicto bélico, en que una buena parte de la juventud chilena había rendido la vida en defensa de la patria.

Nombres que tienen un sitio destacado en las páginas de nuestra historia, figuraron en aquellas sesiones del viejo Ateneo, a donde acudían a desfogar su inquietud Alfredo Irarrázabal, Carlos Luis Hubner, José Toribio Medina, Arturo Alessandri Palma, Luis Arrieta Cañas, Ricardo Montaner Bello, Enrique Nercasseau y Morán, Gustavo Adolfo Holley y muchos otros que iban allí a manifestar su pensamiento y su inquietud artística.

La beligerancia política y luego la revolución que desencadenó una ola de odios y de resquemores que se prolongó por años, para dividir a la familia chilena, dieron un golpe de muerte a todas aquellas manifestaciones del espíritu, con las cuales la sensibilidad chilena de ese tiempo se iniciaba en las disciplinas del arte. Narciso Tondreau, Julio Vicuña Cifuentes, Daniel Barros Grez, Luis Rodríguez Velasco, Enrique Molina y Eduardo de la Barra se

habían iniciado también en aquellas sesiones del viejo Ateneo, que aventado por la contienda revolucionaria parecía estar condenado a desaparecer para siempre y ser nada más que una polvareda de sueños o una página olvidada, en medio de la borrasca de las apasionadas luchas ideológicas.

Pero como se sabe, las voces del espíritu no pueden extinguirse. En 1899, el Ateneo reabre sus puertas y esta vez con inusitado vigor. El alma de la institución era en esta ocasión un joven poeta venido de las tierras de Arauco, a las cuales comenzaba a cantarles con vigorosa entonación. Samuel Lillo era el nombre de este ilusionado bardo, que templaba su lira en la evocación del paisaje de la patria del mapuche, que viera pasar por en medio de su belleza de jardín edénico, las sombras de los héroes de la raza, como en un desfile de eufónicas resonancias: Lautaro, Lincoyán, Orompello, Rengo, Caupolicán, Pelantaro. . .

Samuel Lillo describía el paisaje nativo en versos sonoros, en los cuales mencionaba los árboles, las plantas, los animales y los pájaros con sus nombres auténticos. El roble y el maqui del bosque chileno, se mezclaban con la correveola y la siete venas, de los rústicos pastizales. Y el cóndor y el puma alternaban en sus estrofas, para darle color y gracia, sabor y ubicación a la creación poética, ennobleciéndola y dándole un nuevo y original encanto, cuya raíz se sustentaba en lo autóctono.

Junto a Lillo, aparecía otro gran poeta que seguía la misma ruta: Diego Dublé Urrutia. Vivo, vibrante y apasionado, su verso se robustecía exaltando las bellezas de la tierra nativa. Eran ellos los pioneros en este ideal estético, que había de dar a su personalidad original relieve y definida nombradía. Eran jóvenes y tenían una vitalidad, un entusiasmo, una fe y una alegría que encumbraba sus sueños y les ponía a cubierto de todos los tropiezos, de todas las murmuraciones y desconfianzas.

Lillo y Dublé Urrutia infunden en el nuevo Ateneo el soplo robusto de su juventud estallante y atrevida, para enfrentarse con aquellos osados que intentaran ponerles obstáculos en el camino. Y

mediante su entusiasmo sin desmayos, que adquiría cada vez mayores energías para inyectarle vitalidad al Ateneo, éste fué adquiriendo una jerarquía de primer rango dentro de la sensibilidad de la gente culta de ese tiempo.

Las veladas del Ateneo se transformaron en acontecimientos artísticos y sociales de inusitado brillo, a las cuales concurría un público selecto, formado en no pequeña parte por los estudiantes universitarios, quienes contribuían a ponerle el nervio y la alegría explosiva a esas reuniones, en las cuales se manifestaba el espíritu de Chile en sus diferentes aspectos sensibles.

Don Samuel Lillo, en su calidad de Secretario Permanente del Ateneo, mantuvo a la institución con ánimo inquebrantable y generoso. Jamás omitió sacrificio alguno en el propósito de que la institución adquiriera un prestigio, que se fué propagando a través de todo el continente, de tal manera que cualquier visitante ilustre, de significación en el arte o en las ciencias, dejaba de ocupar la tribuna del Ateneo. Y así fué como desde allí fueron conocidas por el público santiaguino las figuras de Blasco Ibáñez, de Valle-Inclán, del Marqués de Dos Fuentes, de Manuel Ugarte y de muchas otras personalidades de gran nombradía.

Y en esta tribuna se iniciaron Federico Gana, Carlos Pezoa Véliz, Rafael Maluenda, Guillermo Labarca, Manuel Magallanes Moure, Max Jara, Augusto d'Halmar, Fernando Santiván, Juanuario Espinosa y muchos otros poetas y novelistas que comenzaban, por ese tiempo, a crear su obra.

Eran aquellos, tiempos de gran fervor artístico. El ensueño que llenaba el espíritu de esa juventud que acudía llena de júbilo a oír la palabra de sus artistas, denunciaba en ellos un soplo romántico, una hondura sentimental que en estos días desencantados se ha ido perdiendo en medio del tráfago de una existencia premiosa, que no da tiempo para esta clase de expansiones del espíritu.

Eran otros días aquellos. Afuera, en la calle, mientras un poeta o un prosista leían un cuento o unas estrofas en la tribuna del Ateneo, pasaba por la calle una victoria de ruedas de goma

o un lento coche de ancha caja. La Alameda con sus grandes árboles tenía un aspecto y una quietud provinciana. El tiempo no corría vertiginoso entonces, como en estos días frenéticos de radios, de altoparlantes que aturden a los transeúntes. Las distancias tenían una dimensión más de acuerdo con la naturaleza y no se llegaba desde París en día y medio, como ocurre ahora, sino en meses de viaje a bordo de un barco que hacía sus escalas sin apremio.

Han transcurrido cincuenta años desde aquel de 1899, en que el Ateneo lanzaba desde su tribuna los sueños de un grupo de los primeros artistas de Chile. La muerte y el olvido han apagado muchas voces, pero hay algunas que permanecen aún como un desafío heroico a ese tiempo que todo lo devora. Hay nombres como los de Samuel Lillo, de Diego Dublé Urrutia, Emilio Rodríguez Mendoza, de Arturo Alessandri o de Enrique Molina, que siguen manteniendo en su mano, fuerte aún, la antorcha de su fe. La esperanza no les traicionó, porque trabajaron para Chile, porque le dieron lo mejor de su espíritu a esta patria, para que en ella prevaleciera el bien de la cultura, sin cuyo cultivo ningún pueblo podrá alcanzar jamás un alto destino.

Al llegar al medio siglo, en este año de 1949, las veladas del Ateneo son como luces lejanas que alumbraron el camino de un pueblo que comienza a afinar sus sentimientos y a traducirlos en el idioma elocuente del arte, que enaltece y dignifica la vida humana.